



**REY
DESNUDO**
REVISTA DE LIBROS

Debate

Respuesta al comentario de Julián Delgado

Florencia Levín

En el pasado número de *Rey Desnudo*, publicado en la primavera de 2013, se editó un comentario de Julián Delgado al libro de Florencia Levín *Humor político en tiempos de represión. Clarín, 1973-1983*. En marzo de 2014 recibimos de parte de la autora una respuesta al comentario. Era su ánimo alentar el debate iniciado por Delgado.

A continuación, reproducimos el texto remitido por Levín, compartiendo plenamente el objetivo de fomentar la discusión. Esa es, sin dudas, la aspiración fundamental de nuestra revista.

Comité Editorial de *Rey Desnudo*

Estimados editores de *Rey Desnudo*. Si se me permite, y con ánimos de alentar un debate necesario iniciado por Julián Delgado a propósito de *Humor político en tiempos de represión...* de mi autoría, me gustaría responder a algunos de sus cuestionamientos expresados en su reseña sobre el mismo y publicado en vuestra revista (Año II, No.3, Primavera 2013, pp. 23-30). Desde luego, sólo recogeré aquellos aspectos que considero relevantes para una discusión general, descartando otros menores que alejarían el interés de las cuestiones más urgentes para la historiografía. Entiendo que, en el trasfondo, subyacen concepciones diversas acerca del terrorismo de estado y su impacto en la vida cotidiana durante los años de la última dictadura militar argentina.

Quisiera comenzar por el cuestionamiento de Delgado a propósito del mutismo político de los humoristas en el marco del golpe de Estado del 24 de marzo que, según él, constituye una de las grandes incógnitas de mi trabajo, en tanto, según asevera, pone en entredicho el objetivo del libro de descubrir los espacios por donde el humor pudo expresar sentidos no sujetos al discurso hegemónico-autoritario (p. 26). Al respecto, me gustaría decir, en primer término, que en el estudio del humor gráfico las cosas son al mismo tiempo absolutas y relativas (es decir, son en sí mismas —lo que cada chiste dice—, pero además cuentan por su valor diferencial, sincrónico y diacrónico, con respecto a lo que dicen las otras viñetas publicadas en el mismo medio). De modo que tanto el mencionado mutismo, como así también aquellos ejemplos que efectivamente expresaron sentidos autónomos del discurso autoritario (entre los más claros de ellos puede mencionarse la serie de viñetas publicadas en el marco del Mundial de Fútbol de 1978 que, tal como se analiza en el libro, vehiculizaron la expresión de desencantos y malestares en plena euforia nacionalista), son conclusiones resultantes de la mencionada metodología de análisis. Ciertamente, no fueron unánimes. Pero fueron. Y *Clarín* las publicó. En la misma línea, también podrían mencionarse las cuantiosas y persistentes referencias directas en las viñetas a la censura, las críticas a la política económica de Martínez de Hoz, entre otras. De modo que, tal como demuestra el trabajo empírico, no se trata de una “obstinación” sino de una evidencia, y la imagen de un poder totalitario y todopoderoso debe ser revisada, lo que no tiene por qué implicar una exculpación de la culpabilidad criminal de sus responsables.

En segundo lugar, quisiera señalar que salvo el espacio humorístico de Landrú, que por su forma de inclusión en las secciones centrales del diario no podía no referir a las noticias publicadas, la contratapa humorística de *Clarín* fue concebida, desde sus orígenes, como un espacio autónomo con respecto al cuerpo del diario, tradición que se mantuvo luego de su nacionalización en marzo de 1973, por lo que nunca fue avasallado por las referencias al contexto nacional, aún cuando éstas comenzaron a integrarse entre los temas abordados por los humoristas con gran énfasis (por ejemplo, en el momento efervescente de los primeros meses del gobierno peronista) y en todo caso éstas comenzaron a espaciarse mucho antes del golpe de Estado. De modo que “el silencio atronador” que según Delgado “manifiesta la pasmosa efectividad del aparato militar y simbólico del terrorismo de estado” (p. 27) debiera ser relativizado a la luz de estas consideraciones y no

debería perderse de vista que, al menos en lo que hace al humor gráfico del diario *Clarín*, la línea de corte no está dada por el 24 de marzo de 1976 sino en todo caso por el giro derechista del gobierno peronista en un *in crescendo* del cual el 24 de marzo no fue sino una profundización.

Es por ello que considero que el análisis del humor gráfico de *Clarín* (y con él, seguramente, el de tantas otras manifestaciones culturales del período, como la publicación de la revista de Abelardo Castillo, *El Ornitorrinco*, y la revista *Punto de Vista*, los festivales de rock y la aparición de la revista *Humor*, entre otros) reclaman una complejización de las miradas sobre la dictadura y la implementación del terrorismo de Estado.

Es por ello que lamento que mi deseo de problematizar las interpretaciones maniqueas sobre el terrorismo de estado pensando no sólo en lo que se impuso con violencia criminal desde arriba sino también y sobre todo (esa es, en efecto, mi preocupación) en los vínculos sociales que lo sostuvieron y que fueron, sin dudas, sus condiciones de posibilidad, a “queriendas” o no, incluso a sabiendas o no, pueda generar la interpretación de una concepción “justificatoria”, como dice Delgado (p. 27). Sin embargo, considero aún más riesgoso mantener una mirada de la dictadura y el terrorismo de Estado como fenómenos desgajados de la sociedad que los produjo. La dupla consenso-resistencia no alcanza, en este caso, a dar cuenta, por ejemplo, ni de los efectos críticos de la obra del humorista conservador y oficialista por excelencia, como Landrú, ni de los deslizamientos hacia la posición hegemónica de autores progresistas como Crist y Fontanarrosa, quienes se hicieron eco, a su manera, de la llamada “campana antiargentina”, descalificando la legitimidad de los organismos internacionales de derechos humanos de intervenir en los asuntos del país. Más todavía, ese marco no alcanza a explicar los efectos de sentido estructuralmente impuestos por la existencia de un aparato terrorista.

De modo que, en efecto, creo que el desafío de la historiografía no está en enfatizar la maldad de los malos, sino en abrir la mirada a la dimensión colectiva de todos los días, que permita comprender cómo fue posible el terrorismo de estado en la Argentina. Es por todo ello que, en lo que refiere a la crítica de Delgado acerca de que “el libro termina por incluir una larga serie de argumentaciones matizadas que se alejan de los datos recopilados y se acercan peligrosamente a la justificación” (p. 27), quisiera decir que, salvo en lo atinente a la cuestión de la justificación, ya

comentada más arriba, hallo que es precisamente ese el espíritu que alentó el libro y alienta mis pensamientos. Tal vez el error consista en suponer que los matices no devienen del análisis de las fuentes sino de un supuesto “justificacionismo” preexistente.

Desde luego, en estrecha vinculación con esta discusión se encuentra el tipo de imagen especular que queremos, podemos o estamos dispuestos a ver sobre quienes nos antecedieron y sobre nosotros mismos. Considero que es posible que logremos avanzar en la construcción de una sociedad más justa cuando estemos en condiciones de asumir la existencia de las inmensas zonas grises que caracterizan nuestros comportamientos y actitudes sociales. Ellas nos reclaman, más que nunca, una noción de responsabilidad activa, atenta y crítica por lo que hacemos y dejamos de hacer, decimos y dejamos de decir y con ello dejamos también que los demás hagan.